

con el riego de mi sangre. Yo os he franqueado el camino de la salvación: entrad por él resueltamente, y llegaréis á mi Padre que de ahora en adelante es Padre vuestro<sup>1</sup>. Yo he quebrantado las férreas puertas del paraíso, y ya podéis entrar á la gloria de mi Padre. Yo he aherrojado y lanzado al profundo al gran tirano que os esclavizaba, y ya sois libres. ¡Mi muerte es el sello de vuestra libertad, es la fuente de vuestra vida!» Á estas palabras responde la creación universal con un himno eterno de amor y de alabanza, cantando ángeles y hombres á millares: *¡Digno es el Cordero que ha sido muerto, de recibir el poder y la divinidad, y la sabiduría y la fortaleza, y el honor y la gloria y la bendición!* Y todas las criaturas, así del cielo como de la tierra, las que habitan debajo de ella y en lo profundo del mar, todas se oyó que decían: *¡Bendición, honor y gloria y potestad por siglos de siglos al que está sentado en el trono, y al Cordero: Amén!*<sup>2</sup> Y nosotros, con los veinticuatro misteriosos ancianos del Apocalipsis, caeremos de hinojos en muda y humilde adoración, y adoraremos muerto en el árbol de la cruz al que vive por siglos infinitos. Así sea.

<sup>1</sup> Io. 20, 17.<sup>2</sup> Apoc. 5, 12 sqq.

## SERMÓN PARA EL DOMINGO DE RESURRECCIÓN

(predicado en Chapinero, 1897).

Surrexit, non est hic.  
Resucitó, ya no está aquí.

Marc. 16, 6.

1. Es un ángel, acaso el mismo Gabriel, quien ha pronunciado estas palabras de inefable regocijo para el mundo: *Jesús, el Crucificado, á quien buschis, resucitó, ya no está aquí*<sup>1</sup>. ¿Por qué un ángel, hermanos míos? Porque, así como fué enviado un mensajero celestial para anunciar á María el misterio de la venida del Verbo á la tierra para habitar en ella treinta y tres años en carne mortal<sup>2</sup>; así, dice San Gregorio, un ángel, sentado á la derecha del sepulcro vacío, debió anunciar á las piadosas mujeres el advenimiento del Salvador resucitado á vida perenne é inmortal<sup>3</sup>. Y, si en aquella primera venida de Cristo en la gruta de Belén los ángeles se regocijaban con los hombres<sup>4</sup> por el nacimiento del Salvador, que era gozo propio de éstos, ¡con cuánta más razón se alegrarían en la Resurrección, que era tan propia festividad de ellos como nuestra? Pues, como discurre el mismo Padre de la Iglesia, si la Resurrección de nuestra Cabeza nos devolvió el reino de la inmortalidad, ella colmó también los tronos que dejaron vacíos los ángeles rebeldes, aumentando así y completando el número de los bienaventurados. Razón tienen, pues, los ángeles de regocijarse con los hombres en esta universal solemnidad de tierra y cielo; razón tiene la Iglesia de exclamar: *Alégrense los cielos y la tierra en tu*

<sup>1</sup> Luc. 24, 6.<sup>2</sup> Luc. 1, 26.<sup>3</sup> Hom. 21 in Evang.<sup>4</sup> Luc. 2, 10.

resurrección ¡oh Cristo!<sup>1</sup> ¡Resuene por todos sus ámbitos el alegre aleluya, mil veces repetido! Alégranse también los senos antes tenebrosos donde por espacio de tantos siglos gemían, como en obscura cárcel, los santos Padres aguardando la llegada triunfal del Redentor que había de romper sus cadenas y llevarlos al reino de la eterna bienaventuranza. ¡Oh, cuáles serían las voces de júbilo con que resonó aquella obscurísima caverna al ser iluminada por los rayos de la aurora de su salvación! ¡oh, cuáles las saluciones de bienvenida al poderoso libertador de aquellas santas almas allí detenidas bajo la opresión de Satanás! ¡Qué aleluyas, qué hosanas, qué cánticos no se entonarían al glorioso triunfador de la muerte y del infierno!

2. Pero ¿á quiénes corresponde la alegría de este triunfo con más justo derecho que á nosotros, los hijos de la Iglesia? La Resurrección de Cristo es nuestra resurrección, su vida es nuestra vida. Unidos estrechamente con él, como los miembros con su cabeza, sus penas y sus goces nos pertenecen como cosa propia; y, si lloramos con Cristo paciente y muerto en la cruz, natural es que rebosemos de contento al verle ahora salir airoso del fondo del sepulcro. La resurrección del Salvador, obra del poder divino, aterró á los demonios y derribó como muertos á los impíos centinelas que guardaban la tumba; la presencia del ángel, de faz deslumbrante como el rayo, anunciaba la majestad del Señor de la vida y de la muerte, no pudiendo menos de infundir terror en los malvados<sup>2</sup>. Empero, á las piadosas mujeres no debía causar espanto sino alegría la vista

<sup>1</sup> Eccl. in offic. Domin. temp. paschal.

<sup>2</sup> S. Gregor. 1. c. Matth. 28, 2.

de aquel nuncio de vida, revestido de un ropaje blanco como la nieve, y así les fué dicho: *No queráis temer: ¿buscáis á Jesús que fué crucificado? Resucitó, ya no está aquí. Ha cumplido su promesa*<sup>1</sup>. Y, en efecto, poseídas de indecible júbilo fueron á llevar la nueva del gran acontecimiento á los discípulos. Y ¿qué mayor motivo de gozo para ellos y para nosotros que saber de cierto que Jesucristo ha resucitado en cumplimiento de su formal promesa<sup>2</sup>, y que su resurrección es anuncio y prelude de la nuestra, y, finalmente, que le veremos en todo el resplandor de su gloria, y nosotros mismos apareceremos revestidos de ella<sup>3</sup>? He aquí, hermanos míos, por qué la Resurrección de Cristo nuestro Señor es y será siempre la solemnidad de las solemnidades para el pueblo cristiano, porque, como vais á ver, en ella estriba nuestra fe, por ella se afirma nuestra esperanza y se enciende nuestra caridad. Tal será el asunto de vuestra atención, para cuyo desarrollo necesito de los auxilios del Espíritu Santo, los cuales imploraremos, como de costumbre, por mediación de la Reina del cielo, diciendo: *Regina cæli* etc.

#### I.

3. *No temáis*, decían los ángeles á las tímidas mujeres sobrecogidas de religioso temor al ver el rostro resplandeciente de los enviados del cielo. *No temáis*, hermanos míos, diré yo á los fieles, tal vez espantados por los progresos lamentables del error y de la apostasía en el seno de la sociedad cristiana: no temáis que nuestra fe se eclipse y palidezca ante los falsos resplandores de la moderna ciencia que se atreve á disputar

<sup>1</sup> Matth. 28, 5. 6.

<sup>2</sup> Luc. 18, 33.

<sup>3</sup> Col. 3, 4.

á la fe la supremacía en el espíritu humano. Nuestra fe está edificada sobre el firmísimo cimiento de la verdad divina, revelada auténticamente por la boca de Dios, y providencialmente conservada por el magisterio infalible de la verdadera Iglesia, *columna y firmamento de la verdad*, según la expresión del Apóstol<sup>1</sup>. Una fe como la nuestra, sellada con la sangre de millones de mártires, acreditada con la autoridad de innumerables sabios de primer orden, y la santidad heroica de un sinnúmero de varones santísimos, ¿no os parece, cristianos, bastante fuerte para resistir á todos los golpes que se la asesten para derribarla? ¡Ah! ¿quién lo duda? y esto es lo que causa en nuestros corazones tanta alegría, como paz y serenidad en nuestras almas. Porque tenemos, como escribía el Príncipe de los Apóstoles, el argumento más fuerte<sup>2</sup>, el argumento de la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, atestiguada por el hecho irrefragable de su gloriosa Resurrección de entre los muertos. *Surrexit sicut dixit*: resucitó, como lo había predicho<sup>3</sup>. Porque claro es, hermanos míos, que, si Cristo resucitó real y verdaderamente, después de haber muerto, no en apariencia sino en realidad, y de haber dormido el sueño del sepulcro por tres días, no puede haber duda sobre su divinidad, como quiera que el poder necesario para darse vida nueva es poder infinito, es la omnipotencia propia del Criador, es atributo inseparable de la naturaleza divina. Y, así como Dios en su propia naturaleza es incapaz de morir, así el hombre, como hombre, es incapaz de resucitar. Si ha muerto, pues, Jesús que se llama Cristo<sup>4</sup>, debe ser hombre verdadero

<sup>1</sup> 1 Tim. 3, 15.<sup>2</sup> 2 Petr. 1, 19.<sup>3</sup> Matth. 28, 6.<sup>4</sup> Matth. 1, 16.

y no sólo Dios; y, si resucitó de entre los muertos, no por virtud ajena sino propia, debe ser Dios y hombre juntamente: el hombre murió, el Dios resucitó. *Dios estaba en Cristo*, dice San Pablo<sup>1</sup>, y este Dios, este ser divino lo levantó de las profundidades del sepulcro<sup>2</sup>, como dice el mismo. Hombres había visto el mundo, dotados de tan eximia virtud que hicieron levantar á otros hombres de la tumba, y el mundo no los creyó dioses, pero sí instrumentos de poder divino, porque el dar ó devolver la vida es obra superior á toda fuerza creada: *Dios es el que vivifica y da la muerte*<sup>3</sup>; *Dios es el único que revive á los muertos, pues Él llama á lo que no es lo mismo que á lo que tiene ser*<sup>4</sup>. Pero hombre, profeta ó taumaturgo que, una vez oprimido por la losa sepulcral, se irguiese triunfante de la muerte por virtud encerrada en sí mismo, he ahí lo que jamás había visto el mundo, lo que jamás volverá á presentarse, y lo que vió efectivamente una sola vez con tal evidencia que le obligó á postrarse delante del resucitado exclamando: *Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo*<sup>5</sup>.

4. Razón tuvo el universo en aclamar la divinidad del hombre que, al cabo de tres días de yacer en el seno de la tierra, pudo recobrar por sí mismo la vida. ¿Sabéis por qué? Porque este hecho probaba claramente que era dueño de la vida; que, si por una parte había muerto, por otra estaba vivo, puesto que obrar, y obrar tal maravilla es propio del ser viviente. ¿Cómo puede obrar un muerto, siendo así que la muerte es la extinción de toda actividad? He aquí, pues, realizada la más estupenda paradoja: *Dux vite mortuus*, canta la

<sup>1</sup> 2 Cor. 5, 19.<sup>2</sup> Col. 2, 12.<sup>3</sup> 1 Reg. 2, 16.<sup>4</sup> Rom. 4, 17.<sup>5</sup> Io. 11, 27.

Iglesia, *regnat vivus*<sup>1</sup>. Está muerto, no lo dudéis, pues su alma se ha separado de su cuerpo, y éste ha quedado exánime, yerto y rígido como cualquiera otro cadáver; pero el difunto no es un hombre solamente, es el *Dueño de la vida, Dux vitæ*, el que la lleva adonde quiere, el que reina en toda región, lo mismo en la de la luz que en la de las tinieblas, y por eso, á la hora que le place, reúne el cuerpo al alma y se presenta nuevamente en la tierra, en actitud de ascender al cielo. Ni se diga que no es Jesús quien se resucita á sí mismo, sino que lo resucita Dios, porque hablar así sería contradecir al mismo Jesucristo que dijo formalmente, según confesión de sus enemigos: *Resucitaré el tercero día*<sup>2</sup>, promesa reiterada en diferentes ocasiones. *El Hijo del hombre será crucificado, y al tercer día resucitará*<sup>3</sup>. Y el Apóstol de las gentes afirma resueltamente en mil pasajes de sus epístolas, no que Dios resucitó á Cristo, sino que Cristo resucitó: *Cristo murió y resucitó, á fin de reinar sobre vivos y muertos*<sup>4</sup>, donde claramente se atribuye á Cristo su resurrección, lo mismo que su muerte. Y notad, amados fieles, que la muerte de Cristo no fué puramente pasiva como la de los demás mortales, sino efecto libre de su propia voluntad: *Murió porque quiso morir*: porque *Yo*, dice, *de mí mismo entrego mi vida, y nadie pudiera arrancármela*<sup>5</sup>. Y *la entrego*, añadía, *para tomarla otra vez*, para resucitar<sup>6</sup>. ¿Podría expresarse más claramente el dominio de Jesús sobre la vida y la muerte? Y este dominio, hermanos míos, ¿no es atributo exclusivo de la divinidad? Luego si Jesu-

<sup>1</sup> Eccl. in fest. Pasch.<sup>2</sup> Matth. 27, 63.<sup>3</sup> Matth. 20, 19.<sup>4</sup> Rom. 14, 9.<sup>5</sup> Io. 10, 18.<sup>6</sup> Io. 10, 17.

cristo ha resucitado, evidentemente es Dios. ¿Quién no le reconoce por tal oyéndole decir: *Yo soy la resurrección y la vida*<sup>1</sup>? Y ¿cómo dudar, después de la resurrección, de la verdad de aquellas otras palabras con que Jesús se llama Hijo de Dios, igual al Padre: *Así como el Padre resucita á los muertos, así el Hijo da la vida á quien quiere*<sup>2</sup>?

5. No queda, pues, á la ciega incredulidad, heredera de la perfidia judaica, otro arbitrio para rehusar á Cristo el cetro de la divinidad, que negar abiertamente el hecho de la resurrección. De no hacerlo así, su causa está perdida. Así lo comprendieron los judíos, quienes, para impedir que se divulgara el gran milagro y, con él, la creencia en Jesucristo Dios, apelaron al soborno de los primeros testigos, los soldados romanos, á los cuales dieron cuantiosa suma de dinero para obligarles á forjar una ridícula fábula de la desaparición del cuerpo de Jesús: *Decid que mientras vosotros dormiais, en altas horas de la noche, vinieron los discípulos y lo robaron*<sup>3</sup>. ¡Tan ridículas como ésta son las miserables evasivas ó hipótesis de que echa mano la impiedad antigua y moderna, para esquivar el asenso á la realidad del grande hecho sobrenatural que la confunde! Discutido el milagro de la resurrección del Salvador por innumerables críticos católicos, desde San Agustín hasta los apologistas contemporáneos, el hecho ha resultado incontestable; y poco menos que inútil considero el trabajo, muy fácil por lo demás, de repetir aquí la palmaria demostración de esta verdad. Á los incrédulos de buena fe, si los hay por ventura, bastaría remitirlos á nuestras bibliotecas donde hallarían cuanto fuera ne-

<sup>1</sup> Io. 11, 25.<sup>2</sup> Io. 5, 21.<sup>3</sup> Matth. 28, 13.

cesario para el convencimiento racional de estas palabras: *Surrexit Dominus vere*<sup>1</sup>. Para los que sin prevenciones racionalistas buscan la verdad en la historia, basta ciertamente saber que el hecho de que se trata está apoyado en testimonio histórico de tales condiciones como las requiere la crítica más exigente para declararlo criterio de verdad en esta clase de materias. Un hecho visible y público como la presencia de un hombre á quien millares de ojos han visto bajar muerto del patíbulo, y cuya sepultura ha sellado la autoridad pública, y cuyos despojos han guardado centinelas de toda confianza para impedir cualquier fraude (por otra parte imposible en aquellas circunstancias); testigos oculares mayores de toda excepción, ya por su número que pasa de quinientos<sup>2</sup>, ya por su calidad, pues abonan su dicho con su propia sangre<sup>3</sup>: ¿qué más exige la razón humana para cerciorarse de la verdad del acontecimiento? Si con tal peso de pruebas todavía es lícito dudar y aun negar abiertamente, tendremos que acogernos al escepticismo histórico como á única escuela racional y filosófica; tendremos además que reprochar de imbécil y mentecato á lo más selecto del género humano por haber aceptado hace ya veinte siglos, y seguir aceptando sin temor de equivocarse, el hecho de la resurrección de Jesucristo. Desde luego todos los creyentes, lo mismo que los Apóstoles que predicaron, en calidad de testigos, la resurrección del Salvador, no son más que unos pobres ilusos, blasfemos contra Dios y, en fin, los más miserables de los hombres<sup>4</sup>. Ahora bien, el sentido común rechaza indignado semejante con-

<sup>1</sup> Luc. 24, 34.<sup>2</sup> 1 Cor. 15, 6.<sup>3</sup> Act. 4, 33.<sup>4</sup> 1 Cor. 15, 19.

clusión, y ésta es lógica, aunque extrema; luego es preciso volver á la afirmación cristiana, diciendo tranquilamente con San Pablo: *Nunc autem Christus resurrexit a mortuis, primitia dormientium*<sup>1</sup>. Es un hecho, y un hecho de actualidad, *nunc*, que Cristo resucitó de entre los muertos, como primicias de los que han de resucitar por él á vida eterna y gloriosa.

## II.

6. En efecto, tal es nuestra esperanza, de la que pudiéramos decir lo que el santo Job: *Guardada tengo en mi seno esta dulce esperanza mía*<sup>2</sup>. Pues realmente no es otra la nuestra que la del Profeta de Idumea, la de ver con nuestros ojos de carne á nuestro Salvador vivo y glorioso, cuando en el último día de los tiempos sacudamos el polvo de la tumba<sup>3</sup>. Y, aunque no tuviéramos otros mil fundamentos en que apoyarla, bastaríamos la resurrección de Cristo, nuestra cabeza y capitán, para asegurarnos de que algún día resucitaremos también. Porque, en efecto, amados oyentes, no es sólo la gloria de nuestra alma en la vista y posesión de Dios el objeto de la esperanza cristiana; ésto también la felicidad y bienaventuranza del cuerpo, de todo el compuesto humano, y ella nos la garantiza, además de la promesa divina, el hecho de la gloria de Jesucristo en cuerpo y alma por efecto de su resurrección. Tal es la enseñanza consoladora que nos da el grande Apóstol cuando escribe á los fieles de Tesalónica: *No queremos que ignoréis lo que toca á los difuntos, para que no os entreguéis á la tristeza como hacen los paganos, que no abrigan*

<sup>1</sup> 1 Cor. 15, 20.<sup>2</sup> Job 19, 27.<sup>3</sup> Job 19, 25. 26.

*ninguna esperanza*<sup>1</sup>. Para el cristiano la muerte no es más que un dulce sueño pasajero, del cual, á su tiempo y en el orden marcado para cada uno, despertará en los brazos de Jesús, al sonido de la trompeta del arcángel. ¡Oh día aquel de triunfo y bienandanza para los que murieron en la fe y en el ósculo del Salvador! Entonces, arrebatados en luminosa nube, irán por los aires al encuentro de Cristo, que bajará del cielo á juzgar á los pecadores y lanzarlos al infierno por su incredulidad teórica ó práctica, entre tanto que aquéllos acompañarán, como asesores, al soberano Juez, y subirán en seguida con él al reino de la inmortalidad para no separarse de él jamás: *Et sic semper cum Domino erimus*<sup>2</sup>. Y esta suerte venturosa fúndala el Apóstol en la fe de la Resurrección. *Porque, dice, si creemos que Jesús murió y resucitó, también debemos creer que Dios reunirá con él á los que durmieron en la gracia de Jesús*<sup>3</sup>. La dependencia que guardan estos dos hechos entre sí, la resurrección de Cristo y la del hombre cristiano, es para el Apóstol evidente, y, por lo mismo, debe ser indudable para quien tiene la doctrina de la santa Iglesia católica y apostólica. Digno es de toda consideración el celo con que el Apóstol inculca á los fieles de Corinto la verdad de nuestra resurrección fundada en la de Cristo, hasta el punto de afirmar que, *si nosotros no hemos de resucitar, tampoco Cristo ha resucitado*<sup>4</sup>, como si la resurrección del Salvador no tuviera objeto, ó, por lo menos, no quedara completa sin la nuestra.

7. He aquí, hermanos míos, cómo el alegre día de la Pascua del Señor inunda de regocijo nuestros cora-

<sup>1</sup> 1 Thess. 4, 12.

<sup>2</sup> 1 Thess. 4, 16.

<sup>3</sup> 1 Thess. 4, 13.

<sup>4</sup> 1 Cor. 15, 13.

zones, elevándonos á la contemplación y deseo del día de la eternidad. Por eso la Iglesia, con las voces del Apóstol, nos exhorta á buscar en adelante, no ya los bienes terrenales, sino los de arriba: *Quæ sursum sunt quærite*, la gloria del Padre, á cuya diestra se eleva el trono de Cristo, y en derredor del cual están otros mil tronos destinados á los fieles seguidores de Cristo. No gustemos ya de los falsos placeres de la tierra, llamados como estamos á los deleites del cielo: *Quæ sursum sunt sapite, non quæ super terram*<sup>1</sup>. Muertos á todo lo terreno, debemos vivir, como Cristo después de su resurrección, vida divina y celestial<sup>2</sup>. No importa que nuestra vida, sepultada por hoy en el olvido del mundo, desconocida de los hombres, no ofrezca nada de brillante y halagüeño á los sentidos, sometidos á la dura ley de la mortificación: día vendrá, y no muy tarde, en que, al aparecer nuestro divino Salvador resplandeciente y glorioso á la vista de todo el universo, apareceremos también nosotros revestidos de la claridad de su gloria<sup>3</sup>. ¡Qué aliento no debe infundir en el pecho cristiano esta esperanza de tan magnífica y segura recompensa para practicar las más arduas virtudes, en cuyo ejercicio consiste la nueva vida propia de quienes resucitaron con Cristo, dejando en el sepulcro los despojos del hombre viejo, esto es, el pecado y sus perversas obras! De ahí que San Pablo añade como consecuencia forzosa de la esperanza de los bienes eternos: *Deponed todos los vicios, la sensualidad, la avaricia, compañeros de la torpe idolatría, la ira, la malicia, los abusos todos de la lengua, el engaño y la mentira; en una palabra, todos los actos que pululan de la corrupción de la natura-*

<sup>1</sup> Col. 3, 2.

<sup>2</sup> Col. 3, 3.

<sup>3</sup> Col. 3, 4.

leza<sup>1</sup>. ¡Ojalá, cristianos, que, reavivada en este día nuestra esperanza, tratáramos ya seriamente de merecer, con la pureza y santidad de nuestras costumbres, esos goces inefables y altísimos cuya posesión entrevemos al lado de Cristo glorioso! ¡Ojalá llegáramos, por virtud de la esperanza de nuestra resurrección, á hacernos superiores lo mismo á los bienes que á los males de la vida presente, diciendo con el Apóstol: *¿Qué proporción guardan los padecimientos y trabajos del tiempo con la gloria venidera que se nos dará á gozar?*<sup>2</sup>

## III.

8. Y así empezáramos ahora mismo á disfrutar de una gloria anticipada en las dulcísimas fruiciones del amor de Cristo. Porque, si el misterio que hoy celebramos robustece nuestra fe y anima nuestra esperanza, también es cierto que enciende la llama de nuestra caridad. ¿Dónde mejor que en su vida gloriosa se nos presenta el Dios-hombre como objeto dignísimo de nuestro amor? ¿Dónde ejerce más poderosos atractivos? Basta reflexionar que el cielo de los bienaventurados es la patria del amor, porque allí, recorridos los velos de la belleza infinita, se va el corazón tras de aquella hermosura sin término, allí se ama á Dios con fuerza de atracción irresistible. Pues bien, hermanos carísimos, la vida gloriosa de Cristo resucitado no es otra cosa que un vivo trasunto de la vida del cielo; así que, viéndole tan lleno de encantos, como hombre, y de majestad y hermosura, como Dios, no puede el alma dejar de exclamar, abismada en sublime arrobamiento: *Specie tua et pulchritudine tua intende, prospere procede et regna*<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Col. 3, 5. 8. 9.<sup>2</sup> Rom. 8, 18.<sup>3</sup> Ps. 44, 5.

¡Adelante, príncipe hermosísimo, marcha rodeado de prosperidad á la conquista de los corazones de todas las criaturas! ¿Quién no te amará, Cristo Jesús, esplendor del Eterno<sup>1</sup>, y *el más hermoso de los hijos de los hombres*<sup>2</sup>? Esto explica perfectamente por qué las almas contemplativas, dadas á los más puros y deliciosos afectos de la caridad, aquéllas que se mecen en las alturas de la perfección cristiana, pudiendo decir con el Apóstol que *su conversación y trato está más en el cielo que en la tierra*<sup>3</sup>, toman por materia propia y adecuada de sus contemplaciones á Jesús glorificado, subiendo de allí, como de un paso, á engolfarse en el océano de los atributos y perfecciones de Dios, perdiéndose, hasta donde es posible, en la inmensidad del ser increado, para que, ya desde esta vida, *sea Dios todo en todas las cosas*, como dice San Pablo<sup>4</sup>.

9. Para acabar de entender esta verdad no tenemos más que fijar nuestras miradas en la divina faz de nuestro Salvador resucitado. ¡Cómo brillan en ella los atributos de la Divinidad! Aquella divinidad que parecía escondida durante la Pasión, se deja ver con magnífica claridad en la resurrección de Cristo, produciendo admirables y santísimos efectos<sup>5</sup>. Y así, el que era en los tormentos de la cruz *hacecillo de mirra* para el alma enamorada, es ahora *dulcísimo racimo* de uvas que la mueve á los más dulces afectos de ardentísima caridad<sup>6</sup>. Los efectos maravillosos de la naturaleza divina, descubiertos en la santa humanidad por la victoria que alcanzó el Salvador sobre la muerte, no son sino la

<sup>1</sup> Hebr. 1, 3.<sup>2</sup> Ps. 44, 3.<sup>3</sup> Phil. 3, 20.<sup>4</sup> I Cor. 15, 28.<sup>5</sup> Exerc. spirit. S. Ignatii, hebdomada 4, contempl. 1, punct. 4.<sup>6</sup> S. Bern., Serm. 44 in Cant.

gloria misma de su cuerpo trasfigurado, mejor que en el Tabor, por medio de aquellas cuatro dotes gloriosísimas de *claridad, inmortalidad, sutileza y agilidad*, según doctrina del Apóstol<sup>1</sup>. Así adornado el nuevo Adán, aparece como un hombre del todo celestial y divino<sup>2</sup>. ¡Qué claridad aquella que vence á la del mismo sol! ¡qué inmortalidad ó plenitud de vida que la muerte no podrá jamás destruir! ¡qué vigor y salud que enfermedad ninguna ni algún género de inclemencia del cielo ó violencia de la naturaleza podrá quebrantar! ¡qué rapidez, en fin, mayor que la del rayo y de la corriente eléctrica, para ir en un instante, sin dejar de ser cuerpo, adonde le pluguiere, recorriendo de un confín á otro los inmensos espacios, como si fuera puro espíritu! Y, para concluir, ¡qué hermosura la de aquel divino cuerpo, que reúne y compendia cuanto hay de más escogido entre todas las criaturas, y en cuya comparación es como nada toda la hermosura dispersa en el cielo y en la tierra!<sup>3</sup> ¡Oh rostro hermosísimo, á quien siempre desean ver los ángeles<sup>4</sup>, porque, aunque siempre te miran, no se hartan de mirarte! ¡Oh Esposa del Rey eterno, que has visto su hermosura! dime: ¿cuál es tu amado? *qualis est dilectus tuus?*<sup>5</sup> *Mi amado, dice, es blanco y colorado, escogido entre millares. Su cabeza es como el oro; sus cabellos como palmas; sus labios, azucenas; sus mejillas, granadas; sus manos, zafros*<sup>6</sup>. Pero es empeño vano buscar términos de comparación con que pueda declararse su belleza incomparable y única<sup>7</sup>.

<sup>1</sup> 1 Cor. 15, 42. 44.

<sup>2</sup> 1 Cor. 15, 47.

<sup>3</sup> *La Puente*, Guía espir. t. I, tr. 2, cap. 18.

<sup>4</sup> 1 Petr. 1, 12.

<sup>5</sup> Cant. 5, 9.

<sup>6</sup> Cant. 5, 10. 11. 13. 14.

<sup>7</sup> *La Puente* l. c.

10. Veis aquí, carísimos oyentes, cómo la resurrección gloriosa de nuestro adorable Redentor enciende en nuestros corazones el fuego del amor divino, así como eleva nuestros pensamientos, deseos y cuidados á la región de los bienes inmortales, después de haber afirmado nuestra fe con la certeza del hecho portentoso. Sólo resta que, mediante el ejercicio de esas tres sobrenaturales virtudes de fe, esperanza y caridad, resucitados con Jesucristo en el espíritu, nos elevemos á Dios acá en la tierra por la unión, para subir algún día á la posesión de su gloria, transformados en claridad á semejanza del Salvador resucitado. Así sea.

### SERMÓN PARA EL DÍA DE PENTECOSTÉS

(predicado en la Catedral de Bogotá, el 2 de junio de 1895).

Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi; ideoque et quod nasce-  
tur ex te Sanctum, vocabitur Filius Dei.

El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te hará sombra; por lo cual lo Santo que naciere de ti, será llamado Hijo de Dios.

Luc. 1, 35.

1. Ilustrísimo y Reverendísimo Señor<sup>1</sup>: No con el mismo aparato de fuegos y huracanes que en el Cenáculo, pero sí con igual virtud y eficacia había ya descendido á la tierra el Espíritu Santo, tercera Persona de la augustísima Trinidad, á quien, por apropiación, se atribuyen las obras de amor y santificación entre las llamadas *ad extra*, ó que salen fuera de la naturaleza

<sup>1</sup> El Señor Doctor Don Bernardo Herrera Restrepo, arzobispo de Bogotá.